

¿Por qué una máquina de moler arepas es valiosa para una señora como María Eucaris, en su finca en Apía, Risaralda?, ¿Por qué Doña María del Rosario, no vendería por nada el cajón del granero que tiene en el corredor de la casa de su finca en Santa Rosa de Cabal?, ¿Por qué la foto de la moto del hijo de Doña Ana Libia, resulta enmarcada en la sala de la casa de su finca en La Celia? y ¿Por qué hay cruces de guadua a la entrada de las fincas cafeteras?. Todos estos por qué obtienen respuesta en la significación que poseen para las personas los objetos con los que conviven diariamente y en las prácticas que por años han tenido con ellos y que hacen que sus dueños les otorguen un valor cultural.

Estas valoraciones permiten categorizar los objetos y comprender sus relaciones en la vida doméstica cotidiana, en el trabajo del campo, en las labores manuales, en la experiencia de los momentos religiosos, así como en la integración de la vida moderna.

En este sentido, la tradición sigue vigente en medio de los desafíos que demanda el contexto globalizado y que se enmarcan en el reconocimiento patrimonial del territorio y sus valores como es el caso del Paisaje Cultural Cafetero. De tal manera que la llegada de productos y servicios a nuevos y más exigentes mercados; el fomento del turismo responsable o la mayor calidad y diversificación en la oferta de las unidades productivas, son retos que deben enfrentar las organizaciones para su sostenibilidad y contribuir de esta manera al desarrollo local. En este contexto, el diseño se convierte en una herramienta estratégica para atender estos desafíos; es por ello que se proponen algunas vías de innovación desde la disciplina, a partir de la cultura material cafetera.